

Opinión

Usar el caso Obregón para dañar al feminismo

Pasado este vendaval de reacciones sobre el caso **Ana Obregón**, conviene reflexionar en cuántas tertulias se ha recurrido, de forma directa o velada, a acusar al feminismo y a las feministas. Falta columna para tantos ejemplos, pero aquí cito solo cuatro:

«Las feministas callaron antes y ahora atacan a una mujer». Uno, el feminismo ha denunciado esta práctica en otros casos mediáticos y no mediáticos, antes de Ana Obregón. Dos, el feminismo no es proteger a todas las mujeres por serlo, aunque cometan ilegalidades. Tres, el feminismo no es culpable de las excepciones noticiables del caso Obregón, desde la situación de su hijo a la portada del *Hola*. Cuatro, el feminismo se centra en la víctima, una persona que «padece daño por culpa ajena o por causa fortuita», según la RAE. No hagamos víctima a quien use ese proceso porque el bebé no cae del cielo. Son personas responsables de la toma de sus decisiones.

«Se usan palabras muy gruesas en este debate». El feminismo es la defensa de los derechos humanos de las mujeres. Si en los informes jurídicos y de derechos hay conceptos como «venta o tráfico de niños» (Convención de los Derechos del Niño, Tribunal Supremo), debe constar así. El problema es hacer un relato romántico de lo



EL MIRADOR

Ana Bernal-Triviño

que no es. Cuidado con las fuentes periodísticas. Los padres comitentes no son expertos. Hablan desde un relato personal no objetivo. De la misma manera que quien ya se dedica a esto desde la abogacía o la reproducción asistida habla desde dentro de una industria que obtiene beneficios de esa práctica.

«Las feministas atacan a la maternidad». Al revés, la defienden. El Tribunal Supremo explica que la gestación subrogada elimina todos los derechos de decisión de maternidad de la mujer, desde antes de la con-

El feminismo es la defensa de los derechos humanos de las mujeres

cepción, y sin poder decidir sobre su propio parto. A quienes dicen que no hay trauma de apego cuando se separa al bebé de la madre, les recuerdo que en la pandemia de covid se denunció que la separación de las madres de los recién nacidos era violencia obstétrica. ¿Ahora, dos años después de aquello, ya no lo es? ¿Y qué ocurre con toda la literatura científica sobre el síndrome posparto? ¿Las mujeres gestantes no sufren nada o es que no las vemos ni escuchamos?

«Las feministas reivindican ahora la ley por estar en contra de la gestación, pero se quejan si la justicia no les da la razón». Sí, porque el feminismo nunca ha estado en contra de la justicia. Al revés, lo que quiere siempre es que la justicia sea justa. Y que cuando instituciones de derechos humanos advierten que los sesgos de género y los prejuicios dejan indefensa a las mujeres, recordar que esto afecta a su derecho a una tutela judicial efectiva.

En el relato emocional de la gestación subrogada se oculta que quien prohíbe la gestación subrogada son instituciones de derechos humanos y la justicia. Como no son capaces de atacar a entidades superiores, han ido a por el feminismo, que es lo fácil. Su ausencia de argumentos se les vuelve en contra y solo demuestra cuánto tiene el feminismo aún por defender.

14 de abril



LA COLUMNA

Miguel Ángel Villena

El 14 de abril de 1931 fue el día más alegre en la historia de España del siglo XX. Lo contaron los cronistas y lo vivió la gente anónima, millones de personas que se lanzaron a la calle para proclamar la libertad de la República. Aquella jornada significó el final de la Restauración borbónica, un régimen caciquil y muy poco democrático que se había prolongado durante medio siglo con el rey **Alfonso XIII** a la cabeza. Fue una transición pacífica y festiva después de unas elecciones municipales que habían servido como un plebiscito para el cambio de régimen. «España se había acostado monárquica y se había levantado republicana», como señaló un ministro de la monarquía. Los grandes periodistas de la época como **Manuel Chaves Nogales**, **Josep Pla** o **Josefina Carabias** dejaron constancia escrita del entusiasmo de unas masas que, sin derramamiento de sangre, vieron partir al rey hacia el exilio. Entretanto, el Comité revolucionario entraba en la sede de Gobernación, en la madrileña puerta del Sol, encabezado por el apuesto **Miguel Maura**, que con voz firme pronunció ante los guardias civiles una frase para la Historia: «Abran paso al Gobierno de la República». Pero la Historia no se escribe sólo con mayúsculas, sino que se compone de multitud de pequeñas historias, como las que relataban mis abuelos **Fernando** y **Teodora** que acudieron al Ayuntamiento de Valèn-

cia para celebrar la llegada de la República y entonar *La Marsellesa*, que fue el himno provisional y espontáneo del nuevo régimen hasta que el Gobierno aprobó *El himno* de **Riego** como música oficial. Al evocar durante estos días el 92º aniversario del 14 de abril de 1931 regresa también a la memoria de aquellos que peinamos canas la única jornada comparable en el siglo XX: las elecciones del 15 de junio de 1977, las primeras tras la dictadura franquista. En cualquier caso, a aquel 14 de abril tan citado, estudiado y mitificado le faltaba quizá una crónica que reflejara los miles de detalles cotidianos, en apariencia banales pero todos ellos simbólicos, que definieron aquellas 24 h. Aquí entra con brillantez y pasión, con la ágil pluma de un periodista y el rigor de un historiador, el libro *14 de abril*, de **Paco Cerdá**, que ganó el premio de no ficción de Libros del Asteroide. Desde los palacios a los suburbios, desde las tertulias de los intelectuales hasta las conversaciones de los tranvías, desde los protagonistas principales hasta las gentes humildes, Cerdá ofrece un magnífico caleidoscopio, un relato trepidante, de un día irreplicable. Y si las enseñanzas de la historia deben mostrar aciertos y errores, valdría la pena una reflexión sobre un país cuyos soberanos han muerto con tanta frecuencia en el exilio despreciados por el pueblo que gobernaron. ¿No da que pensar que **Carlos IV**, **Isabel II** o **Alfonso XIII** fallecieran lejos de España? ¿Acaso no es un escándalo que **Juan Carlos I** resida en Abu Dabi y haya sido repudiado hasta por su hijo, Felipe VI? ¿Qué imagen ofrecería la monarquía si el emérito falleciera en el país de sus amigos jeques? ¿Ha llegado el momento de abrir ese debate, endiablado pero necesario, sobre la forma de Estado?

Nacemos, crecemos, morimos



PARECE UNA TONTERÍA

Juan Tallón

«Toda vida se organiza en torno a un pequeño número de acontecimientos que nos impulsan o nos frenan en seco», dice Andrew Bevel, uno de los dos protagonistas de *For-*

tuna, del **Hernán Díaz**. Y seguramente sea verdad. «Pasamos los años que median entre esos episodios beneficiándonos de sus consecuencias o padeciéndolas», añade el personaje, «hasta que llega el siguiente momento decisivo». Ciertamente, la existencia es imposible de vivir y contar sin elipsis, que nos ayudan a dar grandes saltos, de forma que omitamos o pasemos de puntillas por todo lo demasiado plano, y enfatizamos lo que consideramos crucial. Pasa, sin embargo, que lo crucial tiene aspecto algunas veces de inapreciable, al menos en el momento que sucede. Mucho después de pasar puede ser que descu-

bramos que resultó decisivo, y nos estimuló o detuvo en seco. Siempre me acuerdo del primer volumen de los *Diarios* de **Iñaki Uriarte**. En la solapa, la nota biográfica se reduce a: «Nació en Nueva York (1946), es de San Sebastián y vive en Bilbao», lo que es como no decir nada.

De hecho, deja un eco que hace pensar en las etapas de la vida que nos enseñan en la escuela, y que despiden un enorme aburrimiento: «Nacemos, crecemos, nos reproducimos, morimos». ¿Eso es la vida? En cierto sentido, sí, absolutamente, pero en cierto sentido abstracto y profundamente pobre y aburrido. En cambio, al inicio de los diarios

hay una entrada que casi da la razón a Andrew Bevel: «He estado en la cárcel, he hecho una huelga de hambre, he sufrido un divorcio, he asistido a un moribundo. Una vez fabriqué una bomba. Negocié con drogas. Me dejó una mujer, dejé a otra. Un día se incendió mi casa, me han robado, he padecido una inundación y una sequía, me he estrellado en un coche. Fui amigo de alguien que murió asesinado y fue enterrado por los asesinos en su propio jardín. También conocí a un hombre que mató a otro hombre, y a uno que se ahorcó. Solo es cuestión de edad. Todo esto me ha sucedido en una vida en general tranquila, pacífica, sin grandes sobresaltos». Los hechos importantes quizá sean hechos secretos durante un tiempo. Es más tarde cuando advertimos que podrían formar parte del resumen de nuestras vidas y decir de cada uno de nosotros algo mu-

cho más interesante que un simple nacimos, crecimos o morimos. Esta semana, a través de la periodista **Anatxu Zabalbeascoa**, llegué al 'coach' y exfutbolista **Imanol Ibarondo**, que sostiene que los grandes momentos de la vida llegan cuando uno no tiene miedo. Menciona, en su caso, el día que chutó por primera vez con la pierna izquierda en un partido oficial, de forma voluntaria, no condicionada por las circunstancias del juego. «Fue un pase largo de unos 30 metros, directamente al pecho de un compañero. ¡Qué sensación!».

Nadie en el estadio se dio cuenta, pero «la satisfacción y la emoción que me produjo ese pase es un recuerdo imborrable en mi memoria». Ese día perdió el miedo a jugar el balón con la otra pierna, y aprendió a disfrutar más de lo que hacía, en uno de esos acontecimientos irrelevantes que cambian la vida.